



LOS CANALES DE FERDINAND DE LESSEPS

VICTOR SANCHEZ MONTENEGRO

— I —

En las páginas literarias de "El Tiempo" de 19 de enero del presente año apareció un escrito de André Castelot, según versión de Jaime Sánchez Farrut, con el título de "La extraordinaria aventura de Lesseps, el hombre que unía los mares". En realidad nada nuevo contiene el estudio y faltan detalles y datos que son necesarios para ilustrar la debatida historia plena de incidentes y de escándalos sin nombre en aquella época, pues estaban mezclados en ellos los hombres más importantes de Francia y había elegantísimas faldas de por medio.

Hay una obra excelente del doctor Diego Mendoza Pérez que agota la materia, hasta el año de 1902, y en donde se encuentran todos los antecedentes de contratos y privilegios desde la primera concesión legislativa de 1835, hasta la ley 28 de 1878, en el gobierno del General Julián Trujillo, el vencedor en los Chancos, durante la revolución de 1876, contra el doctor Aquileo Parra. Dos años antes se había celebrado un contrato con Luciano Napoleón Bonaparte Wyse que exploraba el Istmo, y por la ley antes citada se pretendía realizar la construcción del Canal de Panamá, con exclusas como decía el jefe de esta comisión, contra las opiniones de Ferdi-

nand de Pesseps que sostenía hacerlo a nivel, probablemente influido por su triunfo del Canal de Suez.

Pero aunque valiéndose de documentos importantes y de primera mano podría reconstruir la historia dolorosa de estos "escándalos del siglo", hechos por "El Gran Francés", quiero más bien fijar la atención en un romance casi desconocido de este ilustre ingeniero de la Galia inmortal y hacer alguna reminiscencia a una desgraciada película que hace cerca de treinta años se hizo sobre su vida y trabajos oceánicos del Mediterráneo y del Mar Rojo.

La cinta se llama "SUEZ" simplemente, y como buena película americana, se lleva de calle la historia y todo cuanto encuentra por delante, "dizque para darle emoción y actualidad". Ferdinand de Lesseps nació en 1805, de modo que cuando empezó los trabajos de la apertura del Canal de Suez, tenía alrededor de cincuenta y tres años y al terminarlos en 17 de noviembre de 1869, frisaba en los sesenta y cuatro.

Para un productor americano esta edad era sencillamente una dificultad insalvable. ¿Cómo hacer figurar a un viejo sesentón en una película de esta clase? Eso iba contra "las leyes americanizadas del celuloide" que requiere como Holliwood manda, un joven pro-

tagonista, cuando más de 30 a 40 años. Sesenta y más, imposible!. Mas el director no se para en tan pequeñas dificultades, pues basta con hacerlo aparecer de veintiocho o treinta y el asunto concluido. Pues bien: en la película, el protagonista aparece de esta edad, rasurado, vestido a la última moda americana y fumando cigarrillos de actual factura.

Pero lo más risible y curioso del caso, es que el romance empieza con nadie menos que con la futura emperatriz Josefina quien se le rinde amorosa en sus brazos como sucedería con los dos mares que él juntó. En esas aparece en escena Napoleón III, y para no disgustar a nadie, y menos a los encantados cineastas, abandona Lesseps estos amores y decide por patriotismo apoyar a Napoleón III y ayudarle para que Eugenia se haga emperatriz. Como se ve, un gran patriota! Pero es que los productores de la cinta no conocían la verdadera historia del conde Ferdinand de Lesseps, pues en su vida hay un bellissimo romance, mejor que el que se hubiese tejido en las tablas, en los estudios cinematográficos o en las novelas cursis.

—II—

El escritor Max Daireaux, se encontró casualmente con el diario de una joven francesa que presenció las fiestas de la apertura del Canal de Suez. Se trata de una bellissima muchacha de nombre Denise Paqué, hija del comandante del barco de guerra francés "Andromaque" que estaba participando en las grandiosas fiestas consagratorias de la inmortal hazaña. Esta niña de 15 años, egresada del colegio de Saint-Denis, salió en el barco citado con su padre, desde Marsella, a fines de septiembre de 1869, en compañía de grandes artistas y figuras representativas del Imperio. Al otro día de navegación De-

nise anota complacida que acababa de conocer a Helena de Bragard, "la novia del conde Ferdinand de Lesseps". Agrega textualmente: "Tiene 23 años y es muy bella, alta, trigueña, con hermosos ojos negros".

Cuenta que el 5 de octubre llegaron a Alejandría: "Hemos sido recibidas —dice— por Lesseps, Guichard y papá. Los oficiales nos ofrecieron el brazo para conducirnos al salón. Este grande y hermoso barco donde reina orden y limpieza notables será nuestro domicilio durante seis meses". Se complace después en hacer descripciones curiosas sobre las calles del gran puerto, las costumbres de las mujeres, las pordioseras "que están cargadas de joyas". El ilustre héroe de la independencia de Cuba, José Martí, se encontraba en aquella inauguración y yo he leído con avidez las descripciones portentosas que hace de las magnas fiestas, pero esta niña de pocos años, sin pretensiones literarias cuenta como si lo estuviera haciendo con una amiga o con su madre, todo cuanto vio, palpó, sintió y tiene un colorido inimitable.

Anota que el 22 de octubre la nave de la emperatriz "L'Aigle" está en los canales, y después la va a visitar: "Todo es allí muy sencillo, pero de un gusto exquisito. El departamento de su majestad está tapizado de cuero verde o gris. Ha abandonado allí su correspondencia. Tolo el mundo podría leerla. Las damas de honor han dejado vestidos y sombreros. Pero no es a su majestad a quien hay que acusar tal desorden sino a sus doncellas". Sigue describiendo el viaje a Port Said, "que es el principio de esa gran obra que ilustrará a este siglo cubriendo de gloria a Francia y al genio poderoso del hombre que concibió y ejecutó el proyecto de unir los dos mares". Horas más tarde tienen la primera visión del

canal. La descripción es espléndida, digna de un poeta que fuese a la vez un gran pintor. En Ismalia, esperaba a la comitiva de honor, en donde estaba su novia, el "Gran Francés", para llevarlas a casa del Voicin-Bey. El 16 de noviembre comienzan en realidad las fiestas y Port-Said está a la vista. "Las arenas están cubiertas de banderas, de faroles y de lores. El puerto se halla atestado de embarcaciones; cañonazos y hurras se entremezclan. Soberanos, príncipes, embajadores, almirantes, ministros, se cruzan unos con otros. La emperatriz llega de brazo del emperador de Austria. Al lado del emperador, el príncipe de Prusia, el de Hesse, un príncipe belga, el señor de Lesseps y Abd-el-Kour. Junto al mar, dos altares: uno católico y el otro musulmán. El arzobispo de Alejandría bendice el canal".

Continúa la niña Denise Paqué describiendo las fiestas del día y por fin llega el 17 de noviembre, la fecha escogida para llegar al otro extremo; pero es al mismo tiempo la coronación del romance del constructor genial, como lo vamos a ver. Ese día los barcos entran en el canal. En determinado punto bajan a tierra, en donde el virrey ha construido tiendas de beduinos, servidos por éstos para dar mayor colorido local. Se representa una fantasía al estilo del desierto. Muchos caballeros adiestrados para la representación "esgrimen lanzas y fusiles, y dando gritos se lanzan en carrera frenética, y de pronto, en el momento en que parece que van a aplastarnos, se detienen. En ese instante el señor de Lesseps presenta a su prometida, que se halla a su derecha, diciendo al público: "He aquí a la señorita de Bragard, novia del Istmo".

Las aclamaciones a la ilustre y afortunada pareja duraron varios minutos y todos los príncipes y emperadores rindieron a la novia su homenaje

que tuvo, como se ve, caracteres de apoteosis, por el espectáculo, las circunstancias, y el triunfo de la ciencia y del amor. Denise continúa la narración melancólica; "La lancha Almirante" vino a buscarnos. Ya en tierra nos llevaron al palacio del virrey, que había sido construido en tres meses, y cuyos magníficos jardines comenzados el día 16 fueron terminados esa misma noche. Cinco grandes salones todos riquísimos estaban llenos de deslumbrante concurrencia... Entre las damas notables la que más se destacaba era Hclena de Bragard, resplandeciente de felicidad"... Después de describir las suntuosas fiestas con sin igual colorido, la niña cronista prosigue: "Al día siguiente atravesamos los largos salados y a las dos de la tarde anclamos frente a Suez. El cruce ha sido realizado y el Mar Rojo se extiende ante nosotros... A nuestra espalda, Suez, la pequeña ciudad de ladrones y asesinos que no nos permiten visitar".

La fantasía, verdaderamente real de la cronista es un verdadero encanto de la literatura narrativa. Las palabras en su papel cobran una vida y frescura extraordinarias, con el prestigio de llevarnos como de la mano, por todos los sitios que describe, pues en verdad, también con nuestra imaginación la hemos acompañado, lo mismo que a las bodas maravillosas de Ferninand de Lesseps, que se verificaron pocos meses más tarde. Todo esto sucedía al finar el año de 1867. La gloria le había puesto sobre su testa coronas que no deberían marchitarse jamás. ¿Jamás dije? ¡Qué ironías del destino, qué pequeñez de la grandeza humana! Los laureles de Suez, quería reverdecérselos en Panamá, pero ese fatídico y triste colorido, tomó allá, el de las aguas estancadas, en donde el anofeles destruyó miles de vidas y el escándalo de la Compañía Internacional para la apertura del canal de

Panamá, tenía también otros tintes carcelarios.

André Castelot, citado al principio empieza su estudio con el diálogo entre el padre y su hijo Carlos del primer matrimonio, que contaba con 38 años de edad. Hacía lo posible para que no se embarcara su progenitor en esta nueva aventura, pues él ya tenía conquistada la gloria y quién sabe lo que le traería esta otra formidable empresa. Parece que el hijo hubiese tenido una notoria premonición de los acontecimientos. Adoraba a su padre y quería para él un descanso merecido. "La obra de Panamá -le decía- es grandiosa y la creo ejecutable, pero qué riesgos por correr para aquellos que se colocarán a su cabeza"!

El destino y el anhelo de más gloria, llevaba a Lesseps por los caminos de Panamá, con el fin de abrir el nuevo canal, para unir los dos océanos: el Pacífico y el Atlántico, sin exclusas, como lo pretendía él contra lo que opinaba, como se ha dicho, Bonaparte Wise. Ante la obsesión del padre, su hijo Carlos "lo acompañará hasta el

fin, con la prisión y lo que algunos han creído llamar el deshonor y que por el contrario, hará de Carlos de Lesseps, como lo ha dicho André Siegfried, una de las más patéticas figuras de la tragedia antigua".

Lo demás es muy conocido para ponerme a historiarlo. El primero de enero de 1880 se hizo la inauguración oficial de las ceremonias espléndidas, pero solo comenzaron los trabajos dos años después, que duraron más de siete perdidos y cebrados de bancarrotas, escándalos criminales, compra de influencias, cárceles a ministros, periodistas, damas de cierto rango, estafas, malversaciones, sobornos; y todo concluyó en prisiones de algunos años, para Ferdinand de Lesseps, a quien se le perdonó la ignominia por su avanzada edad, pero ya inconsciente, no recordaba nada y murió en ese triste estado en el año de 1894. Su hijo Carlos sí sufrió la vergüenza de la prisión; y el nombre de la "Compagnie Universelle du Canal Interoceanique de Panamá" era la piedra de escándalo histórico, con el infamante nombre de **chequard** o **panamiste**.